

El hombre de piedra

ANTONIO ELORZA

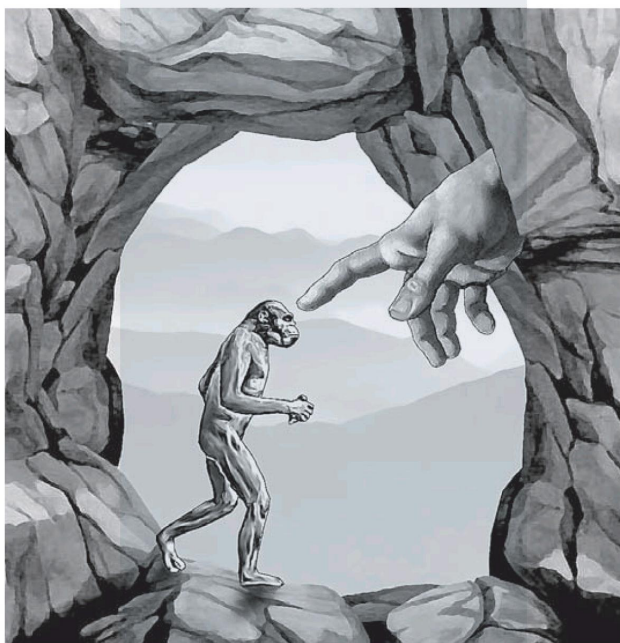
Para el creyente
nacionalista, toda
aportación de la historia
puede ser rechazada
en tanto que ajena a la
cohesión inquebrantable
del Pueblo Vasco

En un tenducho de la calle Gambetta en San Juan de Luz, estaban este verano a la venta camisetas cuyas leyendas ironizaban acerca de la exaltación del idioma nacional al otro lado del Bidasoa. En una de ellas el lector podía enterarse de que aprender inglés ya no sirve de nada, dado que muy pronto todo el mundo hablará euskera. La segunda planteaba una cuestión aparentemente absurda, pero que mirada de cerca lo es menos. «¿Qué sería del mundo si no hubiera hombres, y si no hubiera vascos?»

Como es obvio, esto no significa que los vascos dejen de pertenecer a la especie humana, sino que existen muchos nacionalistas dotados de una percepción de sí mismos, y de su colectivo, el Pueblo Vasco, con mayúsculas, que les convierte en algo diferenciado de los demás hombres, y que olvidando como Bildu la pasada tragedia, les proporciona un marchamo de superioridad. Cuando en giras internacionales el entonces presidente Ibarretxe declaraba que los vascos tienen una cultura propia con ocho mil años a sus espaldas (¡pobre Grecia!) o cuando Xabier Arzalluz se dirigía a los representantes de la UE anunciándoles que pisaban la tierra del pueblo más antiguo de Europa, no deliraban ni sus afirmaciones eran irrelevantes. Habían encontrado en el mito de la prehistoria específicamente vasca el fundamento para algo tan sencillo como garantizar y legitimar el monopolio del poder político en manos del nacionalismo. Lo ha recordado Urkullu con ocasión del último Alderdi Eguna, a efectos de consolidar el vínculo indisoluble de su partido con esa forma propia de humanidad que es la vasca: «Joxemiel Barandiarán, con sus estudios etnográfico-antropológicos, demostró que desde la prehistoria hasta nuestros días, una especie humana característica ha poblado el espacio físico que comprende ambos lados del Pirineo». Ha mantenido su personalidad superando «los avatares de la historia». De ahí que siendo el PNV su expresión política, resulte insuficiente una titulación como 'nacionalista' que sugiere una adscripción fraccional. A un Pueblo Vasco corresponden una Nación y un Partido Nacional. Desde tal concepción, el cambio de nombre se convierte en algo plenamente lógico.

El objetivo ha sido siempre el mismo desde que en el Antiguo Régimen se iniciaron los montajes para ensalzar al 'pueblo escogido', esa colectividad excepcional, primero porque sus privilegios no eran tales al proceder de la llegada del sobrino de Noé, Tubal; luego, al aparecerse a Chaho el fantasma de Aitor, con su lucha racista/carlista por la independencia, y por último, cuando el Fundador proclamó que la lucha de razas debía terminar con la expulsión de los invasores maketos. Demasiados impresentables, a pesar del esfuerzo de dignificación de Krutwig, quien consiguió la admisión de los futuros practicantes de la violencia independentista -léase terror- en el olimpo de los 'movimientos de liberación nacional'.

El protagonista era demasiado frágil, ante los cambios sociológicos y por su carga mítica tradicional, y desde 1945 tampoco resultaban de buen tono los racismo clásicos. Es aquí donde entra en juego otro tipo de mitos, de apariencia científica, y con el aval del carácter asimismo científico de las exploraciones sobre las cuales se apoyan. Van a cumplirse veinte años de la muerte de aita José Miguel Barandiarán, figura ejemplar por sus trabajos arqueológicos y etnológicos, pero cuya lectura del pasado remoto vasco ha sido capital para reforzar y encubrir un nacionalismo biológico. La pre-



© JESÚS FERRERO

historia en el País vasco se convierte en una prehistoria vasca, con un 'hombre pirenaico prehistórico', el cual desde el Paleolítico Superior habría definido ya una cultura propia, cercada, cómo no, por los eternos agentes de su destrucción nunca lograda, entonces los capsenses, y dispuesta a resistir por los siglos de los siglos (acompañada en exclusiva, todo hay que decirlo, por la vaca de raza también pirenaica). En lo sucesivo, las fotos fijas de la sociedad tradicional permiten saltar por encima de la historia y presentar nada menos que a un sujeto indestructible, 'el pueblo vasco', con su forma específica de humanidad. No cabe olvidar que Barandiarán fue discípulo de Wilhelm Wundt, el fundador de la Völkerpsychologie, la psicología de los pueblos, y que dada esa visión del vasco como pueblo perenne, la raza subyace a toda la argumentación.

Es lo que hizo decir a un político filoprehistórico como Arzalluz, en el curso de una famosa entrevista con Adam Michnik en 'Gazeta Woborcza', que Alemania es una nación, pero no España o Francia, amasijos de pueblos. El intelectual judeo-polaco supo entonces percibir el riesgo que encerraba esa concepción de 'ser vasco' cerrado sobre sí mismo que le ofreció Arzalluz: suponía la exclusión irremediable del otro, el mismo principio que llevó a toda su familia a perecer en Auschwitz.

Pero para el creyente, el mito satisface todas las deman-

das de su necesidad de ensimismamiento, ya que cualquier elemento externo, esto es, toda aportación de la historia -los 'avatares' de Urkullu- puede ser rechazada en tanto que ajena a la cohesión interna, inquebrantable, del pueblo vasco. En Barandiarán, como antes en el novelista Navarro Villoslada, hay una sola excepción y es la religión católica, muy adecuada a su mentalidad anterior a la evangelización (además bien tardía). Siempre igual a sí mismo, el Pueblo Vasco habría conservado, desde ese pasado inmemorial, la lengua propia, «único testimonio viviente de la prehistoria», según el discípulo inmediato Jesús Altuna, y según su seguidor Ibarretxe. Habría que preguntarse por las ventajas culturales, no ya en el sentido antropológico del término, de haber mantenido como único vehículo comunicativo un producto de la prehistoria. Por fortuna, no fue así.

Para el tradicionalismo nacionalista cuenta, sin embargo, de modo exclusivo, la insistencia en la identidad conservada, que por la procedencia material pasa a ser tan de piedra como su supuesto momento originario. Desde los años 60, acompañada pronto por el son de la txalaparta, una música prehistórica nacida años más tarde (cosas de la invención de la tradición), la pasión de la piedra se expande en mancha de aceite. El escultor Jorge Oteiza escribió 'Quousque tandem...!', «una interpretación estética del alma vasca» que ya desde 1965 fue difundida en círculos culturales de ETA, y sigue hoy reeditándose y vendiéndose en las librerías nacionalistas con la curiosa y significativa compañía del 'Amaya' de Navarro Villoslada. Un cromlech, un dolmen, una punta de flecha, adquieren un sentido específico en lo que ya era 'Euskal Herria'. El libro más leído del poeta Gabriel Aresti, patriota inconformista, fue 'Harri eta herri', piedra y pueblo, y fieles suyos en la izquierda no dudaron en imponer a sus hijos el nombre de Harri. Pueblo de piedras.

Aita Barandiarán proporcionó además el enlace wundtiano entre la prehistoria y el presente vasco, al definir ese 'humanismo vasco' a que hacen referencia muchas veces los discursos nacionalistas, y que es en realidad la forma específica de ser hombre como vasco, la 'gizabidea', literalmente el camino del hombre, dicho en euskara. No importa la descripción de los rasgos, más cristianos que prehistóricos de tal ente: cuenta la afirmación del carácter nacional, «expresión del Pueblo Vasco». Un pueblo forjado en la prehistoria, con su idioma como estandarte identitario, una forma específica de humanidad: tiene razón la camiseta, de hecho hay hombres y hay vascos. Y hay Ibarretxes y seguidores de Ibarretxes, que piensan en política vasca de acuerdo con esa mentalidad, más el aderezo de la independencia originaria y los 'derechos históricos'. Nada más hace falta para que el blindaje frente al exterior constitucionalista sea total.

¿Qué hacer frente a semejante muralla china? A la vista del resultado del último bienio de Gobierno socialista en Victoria, y sin olvidar la sombra que las exigencias de Zapatero por sobrevivir han hecho recaer sobre Patxi López, resulta claro el fracaso de la estrategia socialista, positiva en la normalización, en cultura o en acción antiterrorista, pero incapaz de definir una estrategia alternativa de construcción nacional. Esa otra Euskadi basada en el patriotismo cívico y en la asunción no mítica de los rasgos nacionales vascos, no ha logrado afirmarse. Tras el enfado inicial, el PNV confirmó sin dificultad su hegemonía. Su adversario (y aliado) es hoy Bildu. Si el PSE no lo remedia, y pocos recursos tiene ya para hacerlo, el Pueblo Vasco lleva camino de convertirse definitivamente el mito en historia.